

PALABRAS DE DON MARTIN BELAUNDE MOREYRA
AGRADECIENDO, A NOMBRE DE LA FAMILIA, EL
HOMENAJE DE LA ACADEMIA PERUANA DE LA
LENGUA A DON VICTOR ANDRES BELAUNDE

Señor Ministro de Educación;
Señor Director de la Academia Peruana de la Lengua;
Señores Académicos;
Señoras y Señores:

En nombre de la esposa y de los hijos de Víctor Andrés Belaúnde, me corresponde expresar una vez más nuestro agradecimiento por el homenaje que hoy le rinde a su memoria la Academia Peruana de la Lengua.

En este mismo recinto, casi 21 años antes, tuvo lugar una hermosa ceremonia al cumplirse el octogésimo aniversario de Víctor Andrés Belaúnde y en la cual el anterior gobierno constitucional le otorgara las Palmas Magisteriales en grado de Amauta, con la asistencia del señor Presidente de la República, siendo Ministro de Educación don Francisco Miró Quesada, dilecto amigo y colega intelectual de mi padre y bajo el auspicio del entonces Jefe de la Casa de la Cultura, el recordado José María Arguedas.

Ha querido el destino que nos reunamos nuevamente en este lugar para develar la imagen de Víctor Andrés Belaúnde, que permanecerá aquí junto con la de muchos otros valores de la cultura nacional, de distintos signos ideológicos

y políticos pero unidos por una común dedicación a las mejores causas del Perú.

Nuestras principales instituciones culturales congregadas en esta casa, representan la tradición intelectual del país. Víctor Andrés Belaúnde fue un preclaro exponente del pensamiento peruano en muchos de sus aspectos. No me corresponde a mí desarrollar un análisis crítico de su obra, porque tal misión ha recaído en otras personas con mejor título que el mío para acometer esa tarea. Considero oportuno, sin embargo, evocar algunos pasajes del pensamiento de Víctor Andrés Belaúnde que tuve el privilegio de escuchar directamente en el diálogo cotidiano.

Entre ellos deseo mencionar la permanente vinculación que él trazó entre la orientación ética, la formación humanista y la educación para el trabajo. Basado en un amplio concepto de la cultura, consideró que ésta frustraría su realización si no se sustentaba en el más alto respeto de los valores ético-religiosos de la fe cristiana. Pero al mismo tiempo estimaba que la formación ética debía estar acompañada de un sólido bagaje humanista que ampliara la perspectiva del hombre respecto de su mundo exterior y de la sociedad en que se desenvuelve, uniendo este concepto universal a una visión nacional, que le permitiera vivir arraigado a la tierra y los hombres del Perú. Por ello creía que la formación cultural tenía que estar unida a un profundo conocimiento del Perú como expresión cabal de una consciente adhesión nacionalista, en la cual el amor patrio no estuviera reñido con una apreciación realista de nuestras limitaciones.

Y como un tercer factor agregaba, influido por sus experiencias en el exterior, particularmente en los países anglosajones, la necesidad de que la educación no sólo sirviera para formar intelectuales y literatos, a pesar de ser él uno de ellos, así como científicos, profesionales y técnicos en los diversos niveles, sino fundamentalmente que formara a los hombres y mujeres del Perú para realizar un trabajo

socialmente útil e individualmente remunerativo, pero en-
marcado dentro de una escala de valores.

De ahí que desarrollara en varios ensayos y principal-
mente en *Peruanidad*, una teoría sobre las motivaciones
individuales del trabajo, colocando en el más alto lugar de
la escala, al trabajo como deber y en orden descendente al
trabajo como vocación creadora, como voluntad de dominio,
como búsqueda de gloria, como realización de un interés,
como reflejo de una necesidad y por último como resultado
de una coacción física, situación casi lindante con la esclavitud
de antaño y con los trabajos forzados de las modernas
dictaduras totalitarias. Al desarrollar este esquema reco-
nocí, sin embargo, que todas estas motivaciones no necesari-
amente se presentaban aisladas y que en muchísimos casos
el trabajo creador era el resultado del impulso simultáneo
de varias de ellas, destacando el trabajo colectivo en bene-
ficio de la comunidad al cual consideraba la expresión
mejor lograda del trabajo como deber.

Para terminar desearía aludir a la vinculación de más
de cinco décadas entre Víctor Andrés Belaúnde y la Aca-
demia Peruana de la Lengua, a la que fue incorporado en
1917 por Ricardo Palma y que tuvo el honor de dirigir
desde el fallecimiento de don José de la Riva-Agüero en
1944 hasta su propia muerte en diciembre de 1966. Creo
que fue precisamente en esta institución en la que plasmó
sus propias teorías, desplegando personalmente el más noble
y desinteresado esfuerzo en beneficio de la cultura nacional
y de la comunidad intelectual del Perú.

